

Lo vincular.
Isidoro Berenstein y
Janine Puget.
Ed. Paidós, Buenos Aires
1997

“Pienso, luego existo”, afirmaba Descartes, y no contradecía con esa fórmula 25 siglos de reinado de la conciencia en la filosofía occidental, llevando al positivismo moderno y postmoderno a privilegiar el raciocinio de la conciencia como fundante de la persona. Lacan subvierte la célebre fórmula cartesiana y al “Pienso, luego existo” lo convierte en: “Pienso ahí donde no soy y soy ahí donde no pienso”. Siguiendo el descubrimiento freudiano, la verdad existencial del sujeto se encuentra en su inconciente, ahí donde aparentemente no se piensa. Este descentramiento del sujeto respecto a su conciencia fue, según Freud, una herida narcisística crucial para la humanidad.

Janine Puget e Isidoro Berenstein en este libro nos proponen nada menos que una nueva herida narcisística para el ser humano: el sujeto no sólo está descentrado respecto a sí mis-

mo, sino que también lo está respecto al grupo del cual forma parte, llámese pareja, familia o incluso grupo de pertenencia.

Freud en *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1924) había subrayado la importancia del otro en la génesis del psiquismo humano, y múltiples autores, como Ferenczi, M. Klein, Winnicott, Bion (la lista no es exhaustiva), teorizaron la llamada “relación de objeto”, interiorización de la relación con un otro que siguiendo los términos elegidos por Puget y Berenstein dejan de ser persona para convertirse en personaje interior, escultura modificable a lo largo de la vida. Existen por supuesto los mecanismos de proyección e introyección, de identificación proyectiva e identificación que dan cuenta de un cierto modo de relación al otro y reemergen en el sutil movimiento de transferencia y contra-transferencia. Pero todo esto se desplegaba a partir de un sólo espacio, el intrapsíquico.

Puget y Berenstein proponen un segundo y un tercer espacio: el intersubjetivo y el transubjetivo. El segundo dado por la irreductibilidad del otro, ese alter ego que no puede reducirse a

un doble especular, exigencia que la alteridad nos obliga a pagar con nuestro narcisismo, “impuesto” que no se puede no pagar. Se pasa de un status de la ausencia a la imposición de la presencia. El tercero, dado por el espacio socio cultural, atraviesa los dos primeros y exige, lo mismo que las pulsiones, un trabajo psíquico de representación. En mi opinión, quizás con particular apremio en situaciones traumáticas donde la sideración psíquica deja al sujeto frente a un vacío de figurabilidad.

Cada espacio tiene sus organizadores propios, su lugar de interpretación y es necesario discriminarlos. Al nombrarlos y definirlos los autores crean una nueva topología psíquica. Limitarse a uno sólo de los espacios en el trabajo analítico puede dejar “un resto no significable” –dicen los autores– que contiene en germen la repetición. Ocuparse de los otros espacios amplía la posibilidad de simbolizar, capacidad que nunca se agota y, a semejanza del ombligo del sueño, deja siempre un punto de significación que abre a lo ignorado.

Se postula una manera diferente de escuchar el material clínico, no sólo en los ámbitos de las terapias de pareja y familia, tradicionalmente vinculares,

sino también en el ámbito de la relación terapéutica bipersonal. Dicen los autores:

“Frente a un significado observado es necesario afinar la observación para adjudicar al observable el espacio pertinente”. Los sueños, paradigma del espacio intrapsíquico, en el análisis vincular pueden tener una significación que abarca lo intersubjetivo, pudiendo ser retomado asociativamente por él o los otros miembros en el curso de la sesión. Sin embargo, en ningún momento lo intrapsíquico pierde vigencia, pero el desafío para el analista, remarcan Puget y Berenstein, es “discutir cómo aparece cada una de las producciones de estos mundos en el material de la sesión y otorgarles un significado peculiar del espacio dado”. Por ejemplo, ¿cómo interpretar el dibujo de un niño de 5 años que dibuja una escena de fellatio? ¿Como una producción intrapsíquica, consecuencia de sus fantasías de voracidad oral exclusivamente? ¿O sería legítimo pensar que refleja la expresión del vínculo perverso –sería el espacio intersubjetivo– impuesto por un adulto, expresión gráfica de una efracción sexual actuada en lo real, en este caso por el padre abusador? El espacio transubjetivo estaría dado por el marco legal del abuso sexual y la obligato-

riedad de proteger al niño real de la efracción traumática en la consulta de un centro de violencia sexual.

El encuadre psicoanalítico de las configuraciones vinculares compone un espacio con tres (incluyendo al analista) o más sujetos. El material clínico proviene de estar incluido en un vínculo con el juego de percepciones y vías de acceso en las cuales se privilegia no sólo lo verbal, sino también lo visual y lo contextual, abarcando esto último el clima emocional muy próximo al nivel corporal.

Desde un punto de vista técnico, los autores son llevados a emplear “un complejo proceder mental cuya culminación es la interpretación verbalizada, que puede estar precedida o acompañada de señalamientos, comentarios, preguntas y construcciones”.

El marco de las sesiones vinculares permite el acceso al análisis de una parte del funcionamiento psíquico no abordable en una sesión individual. Esto marca los límites del encuentro bi-personal y justifica la propuesta de un marco de analizabilidad vincular.

Janine Puget e Isidoro Berenstein nos invitan a diferenciar lo silencioso del encuadre de lo silenciado en él. Quizás la escucha en el marco terapéuti-

co de las configuraciones vinculares produce un efecto de resonancia de un tipo de material silenciado, y por ende inaudible en las sesiones individuales.

La interpretación vincular “se dirige a la estructura que otorga su especificidad a la zona de encuentro entre el yo y el otro y se ocupa momentánea y alternativamente de cada uno de los miembros” y agregan: “una interpretación vincular tiende a poner nombre a cada yo y devolverles de esta manera un lugar supuestamente perdido, el lugar más próximo al que inconcientemente tienen en el conjunto”. El trayecto interpretativo abarca varias vertientes que pueden incluir la historia del vínculo y la historia de cada uno de los yoes. Esta propuesta amplía los límites terapéuticos de la relación bipersonal del marco tradicional del análisis y tiene como consecuencia teórica ampliar el concepto de aparato psíquico. Las preguntas que se generan son múltiples y portadoras de un gran estímulo al pensamiento. Por ejemplo, cabría preguntarse si lo vincular genera un campo de extraterritorialidad respecto a la pulsión o si impone al aparato psíquico y a la pulsión un trabajo psíquico suplementario. Si uno retiene la primera hipótesis, surge otra pregunta sobre qué

adviene del arraigamiento corporal del aparato psíquico. Si uno sigue la segunda hipótesis, lo vincular podría estar asociado a uno de los destinos posibles de la pulsión, que se agregaría a los ya propuestos por Freud. Se incluiría no sólo el apremio que la pulsión produce desde el interior del aparato psíquico, sino también el apremio que la pulsión del otro, en tanto otro, genera en el psiquismo del sujeto.

Creo que la reflexión de los autores integra armoniosamen-

te un movimiento renovador y vivificante de la teoría psicoanalítica que la remueve de un cierto adormecimiento, manteniendo el rigor del pensamiento freudiano.

*Juan Eduardo Tesone*¹

¹ Fragmento de la presentación del libro que tuvo lugar en APdeBA, el 3/7/97.